



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Lo que le agrada al Eterno

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**A revelación del carácter divino es una inmensa e incommensurable gracia. Nuestro querido Salvador dijo: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, que salió del seno del Padre." Nuestro querido Salvador fue una ilustración fiel y grandiosa del carácter del Eterno.

Los combatientes fieles del antiguo pacto procuraron con todo su corazón complacer al Eterno. Esto les permitió hacer magníficas experiencias; manifestaron sinceridad, fidelidad y apego. Así el Señor pudo emplearlos para traer ciertos rayos de luz, que son inmensas bendiciones. Presintieron cosas grandiosas concernientes al programa divino. En ciertos momentos estuvieron en una situación de corazón muy favorable, que les permitió tener sublimes vuelos y gloriosos pensamientos.

El Eterno se revela a los que buscan la luz, que procuran poner a un lado el vicio y que se dejan conducir por el poder divino. El hace brillar la luz de la verdad en lo íntimo de nuestro corazón, para que podamos ver nuestra situación, lo que somos, cómo andamos con el programa divino, y todo lo que queda por reformar en nosotros. Por otra parte, el Eterno nos da la posibilidad de discernir su glorioso carácter y todas las bendiciones que nos tiene reservadas.

Lo que es indispensable, es que nos dejemos sensibilizar por el espíritu de Dios, de manera a poder bien comprender sus pensamientos. Para llegar a ser sensibles, es preciso combatir el egoísmo que está en nosotros. ¡Qué magnífico ambiente podríamos realizar en nuestros grupos y en nuestras estaciones, si cada uno dejara obrar en sí la gracia del Señor, y no la obstruyera!

Pero en muchos hermanos y hermanas hay aún una resistencia a menudo inconsciente. Esta proviene del carácter deformado, y sobre todo de que su deseo de alabar al Eterno, digna y convenientemente, no está bastante poderosamente expresado. Esto impide en ellos la manifestación de múltiples alegrías.

El que es suficientemente espiritual para sondear los sentimientos que animaron al Todopoderoso para crear la tierra y poblarla con seres humanos, se siente transportado de alegría y de admiración por este programa maravilloso, fantástico e inaudito.

¡Qué empresa fenomenal supone la fundación de la tierra y poner en ella seres humanos libres de escoger el bien o el mal! ¡Qué fe requirió de parte del Eterno emprender un trabajo de tanta envergadura y estar seguro de su éxito final! Este se manifestará un día como una apoteosis en alabanza y gloria del Creador del universo.

Como lo sabemos, en el huerto del Edén Adán y Eva tenían un carácter del todo virgen. No tenían registro formado, ni la experiencia del mal. En cambio, tenían ante ellos todas las manifestaciones del bien; además se les llamó muy bien la atención sobre el resultado del mal; fueron prevenidos, advertidos del peligro e invitados amablemente a escoger el bien. Antes de la caída, se les mostró que de escoger el mal con la desobediencia, la consecuencia serían los sufrimientos y la muerte. Fueron aconsejados, pero no escucharon.

¿No es también nuestra propia historia en muchos aspectos? ¡Cuántas veces se nos aconsejó no hacer eso o aquello! Es con profusión que recibimos advertencias por medio del conocimiento de la verdad.

¿Pero cómo hemos seguido y estamos siguiendo esos consejos tan útiles? Y sin embargo tenemos las experiencias de los que nos han precedido. Estas muestran, por una parte, el resultado del bien y, por otra, el del mal.

Nosotros mismos hemos pasado también por experiencias, en lo que concierne a los resultados de nuestras desobediencias. En cambio, tenemos también las magníficas bendiciones recibidas cuando hemos obedecido. Estas son riquezas que tenemos en manos.

Por tanto, estamos ahora sin excusa si no nos servimos de ellas de la buena manera. Estos últimos tiempos especialmente, hemos recibido luces en abundancia, esclarecimientos inefables respecto a los caminos divinos. ¿Qué efecto surten en nosotros?

Nos hemos enterado de que el Señor está lleno de ternura, que tiene una bondad infinita y una compasión sin límites. ¿Es que esto nos conmueve en lo más íntimo de nosotros mismos, y nos electriza para ser completamente fieles? ¿O bien es que nos servimos de esta inexpresable bondad divina como de un almohadón de pereza, porque sabemos que Dios no castiga ni regaña?

Si tenemos un poco de gratitud en el corazón, esto nos conmovirá hasta el punto de hacernos correr en la liza con magnífica fidelidad. En efecto, el Eterno no se ha vengado de nuestras transgresiones. Él ha hecho todo cuanto podía para que pudiéramos ser cubiertos, y que no fuéramos borrados para siempre de la tierra de los vivientes. Él envió a su Hijo, lo que tenía de más precioso, para salvarnos.

Sin duda, podemos sentirnos durante un momento muy conmovidos, incluso hasta las lágrimas, pensando en todo esto; pero después vienen otras impresiones, y si no las rechazamos enérgicamente, se borran muy pronto esos maravillosos vuelos divinos. Lo más peligroso

para nosotros es la indiferencia. Es preciso desterrarla a toda costa de nuestro corazón, porque es directamente culpable tenerle indiferencia al Eterno.

¡Cuánto ha procurado hacernos felices y viables! Para el Eterno, crear el glorioso sol, la tierra tan bella, majestuosa y lujurante, era poca cosa. En efecto, la tierra y el sol no tienen cerebro, ni voluntad propia, sino que siguen automáticamente la ley del universo.

Crear la materia, pues, era cosa de poca monta, a pesar de que se necesitara de parte del Logos una fidelidad ejemplar para realizar todo según el principio de la ley universal. Pero la grande y enorme dificultad, como acabo de decirlo, era crear seres humanos completamente libres de sus acciones.

El poder del Eterno todo lo previo para que los seres humanos, después de las experiencias hechas, realizaran con toda libertad y de propia voluntad la grandiosa disciplina de la ley universal, del amor divino, para seguir viviendo. Se necesitó para esto toda la precognición y la presciencia divina, el conjunto de la sabiduría, de la justicia y del amor de Dios estrechamente unidos para manifestar esta obra de poder y de arte por excelencia.

Es evidente que hasta ahora la humanidad en general no ha aprendido nada, porque está en las tinieblas. No aprecia esta obra colosal del Omnipotente, ni la de su Hijo muy amado. Los seres humanos son incapaces de sentir todo el valor y todo el esplendor del amor divino revelado en nuestro querido Salvador.

Pero se aproxima el momento en que serán quitados la cobertura con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Como dijo Jeremías: "Ninguno dirá más a su prójimo: Conoce a Jehová, porque todos lo conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande".

¡Cómo nos regocijamos de ese tiempo maravilloso en que todos los seres humanos exclamarán, con un solo corazón, con una sola alma: "No a nosotros, Eterno, da gloria, sino da gloria a tu santo Nombre, a causa de tu bondad y de tu fidelidad"!

David observó profundamente en su corazón la grandeza del Eterno, y la pequeñez del ser humano reducido a sus propias posibilidades aunque en su tiempo sólo tuviera poca luz. Pero David era un ser entusiasta, un hombre según el corazón de Dios, como dicen las Escrituras.

Los que siguen fielmente los caminos del Señor están conscientes de que todo viene del Eterno y de que sin El nada pueden hacer. Están conscientes de la paciencia, de la bondad divina, y de la salvación en Jesucristo.

Por eso, se postran con conocimiento de causa ante el Omnipotente y ante su Hijo muy amado. Para estar en esta situación de corazón, es preciso haber cultivado el agradecimiento. Su salvaguardia, para Adán y Eva, consistía en ser agradecidos. La gratitud conduce al amor, y el amor es la palanca de la victoria.

Si nos reconocemos pecadores, si discernimos nuestro propio estado, no tenemos más la tendencia a poner de manifiesto las pobrezas de nuestro entorno. Nos sentimos demasiado pobres para criticar a nuestro prójimo. Así estamos en una buena situación, y el Señor puede bendecirnos. Él es tierno y afectuoso.

El que desea ser curado, se reconoce culpable y dice: „Sí, Señor, soy un pobre pecador, perdóname“. El Señor le responde: „Te cubro, Hijo mío, con mi amor.“ Entonces se pueden establecer relaciones muy íntimas y afectuosas entre el Eterno y nosotros, porque es buena nuestra situación de corazón. Pero si encontramos que decir en los demás, el Señor no se complace en nosotros.

Dependemos completamente del Señor. Si nos ponemos voluntariamente bajo su dependencia, estamos en una alegría desbordante, porque experimentamos su ayuda. El Eterno quiere ser nuestro Padre, pero debemos tener hacia El la actitud de un hijo. Esto requiere la actitud de una oveja dócil que se deja trasquilar; dejarnos humillar y dejar hacer cuando quieren rebajarnos.

Sabemos muy bien que no es posible dañar a un verdadero hijo de Dios. Pero a veces parecemos menospreciados. Entonces tenemos la ocasión de realizar la fe, de no rebelarnos ni defender nuestro derecho. Entonces, después de la prueba, vemos la inmensa bendición que nos ha procurado, y por nada del mundo quisiéramos no haber pasado por ella. Pero durante la prueba es menester oír al Señor que dice: „No desmayes, yo te ayudo.“

Nuestro querido Salvador estimó todo lo que venía de parte del Eterno. El multiplicó los panes; alimentó una vez a cinco mil personas, y otra vez a siete mil. Pero, a pesar de serle tan fácil producir liberalidades en cantidad no dejó en el suelo todo lo que de ellas quedaba, y dijo: „Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierda nada“.

¡Qué estima y qué modestia! ¡Cuánto podemos aprender también de él en este sentido! Por ejemplo, he observado a menudo que eran los que en sus familias según la carne habían vivido con muy pocas comodidades que en las estaciones eran los más exigentes y los más pródigos. Desde luego que obrando de esta manera no traen gloria al Eterno.

Es así como a veces hay conceptos totalmente falsos entre los amigos que desean entrar en una de nuestras estaciones. Quisieran venir para asegurar su existencia. Ya esto es empezar mal. Es necesario venir para abnegarnos, para trabajar por ideal y entusiasmo.

Es necesario que experimentemos que es un inmenso honor que nos corresponde el de poder colaborar de esta manera para la introducción del Reino de Dios en la tierra. Se trata de estimar altamente nuestro privilegio.

De ningún modo es la obra del Señor quien nos debe, por el trabajo que nos atrevemos a hacer. Al contrario, somos nosotros quienes le debemos de poder trabajar por algo que permanece, y no por pompas de jabón.

Es nuestro privilegio poder trabajar para tener la vida, en vez de trabajar para un ataúd.

Y si alguna vez hay menos profusión o mucho trabajo, nos sentimos felices en todas las circunstancias, y agradecidos de poder trabajar por la buena causa.

Debemos formar una familia unida, que honra al Eterno. Nuestro querido Salvador, con su sacrificio, se ha convertido en el segundo Adán, y el pequeño rebaño en la segunda Eva. Así traen al mundo el mundo nuevo, la familia divina que será eterna.

Todo lo demás desaparecerá para siempre. No habrá otra cosa en la tierra sino la gran familia humana y no más pequeñas sectas separadas; es esta situación que se manifestará durante la eternidad. Como dice la Escritura, cuando todo esté restaurado en la tierra, habrá un solo Pastor y un solo rebaño en medio de los seres humanos restaurados.

Nuestro querido Salvador entregará a su Padre la humanidad restaurada y regenerada. Pues ésta se habrá convertida entonces en lo que siempre había de ser, es decir, una sola y única familia de maravillosos seres que podrán decir al unísono: „No a nosotros, oh Eterno, sino a tu Nombre da gloria, por tu bondad“.

Esta es la meta que está puesta delante de nosotros. Por eso es indispensable que nos dediquemos con todo nuestro ardor a formar la familia divina, forjando los lazos que han de unirnos en familia. Somos nosotros que debemos forjarlos mediante los sentimientos que cultivamos en nuestro corazón.

Cuanto más activos seamos para vivir los principios del Reino de Dios, más nos haremos capaces de recibir la influencia del espíritu de Dios. Sólo tenemos algún valor por su espíritu. Sin el espíritu de Dios, nos falta todo.

Siempre es el Señor, y sólo él, que puede darnos el querer y el hacer según su beneplácito. Él lo desea pero, por nuestro lado, es preciso que no opongamos resistencia a la influencia de su espíritu, sino que le cedamos lugar, a fin de poder dar gloria al Eterno.

El universo entero da gloria al Omnipotente. Es un concierto de alabanzas que se eleva por dondequiera en la naturaleza; especialmente cuando se percibe la proximidad de la primavera, cuando los capullos se abren, las flores empiezan a aparecer y que todo entona un cántico de resurrección. ¡Qué armonía habría en la tierra si los seres humanos vivieran los gloriosos principios de la ley universal!

Dar gloria al Todopoderoso es amar a nuestro prójimo; es desear su bienestar a cualquier precio, incluso si esto nos cuesta muy caro. Amar al prójimo como a sí mismo, y a Dios sobre todas las cosas, es esto lo que conviene realizar. El Omnipotente debe ocupar el primer puesto en nuestro corazón.

Nada en el mundo debe tener la capacidad de impedirnos realizar estos sentimientos; esto no sólo en teoría y de labios para fuera, sino en la práctica, de todo corazón. Si es esto que nos ocupa, si todos nuestros esfuerzos tienden por este lado, nuestra situación espiritual será maravillosa.

No nos formamos idea de lo que podrían ser nuestra alegría, nuestro gozo y nuestro entusiasmo, si hiciéramos verdaderamente todo lo necesario. Realizaríamos una elevación de sentimientos, una nobleza de corazón y un ambiente de felicidad inexpresables.

De esta manera, nos damos cada vez más cuenta de cuán indispensables son las pruebas para que podamos clarificar y purificar comple-

tamente nuestro corazón. Es preciso que, finalmente, las pruebas sólo hagan salir de nuestro corazón expresiones sublimes de nobleza y de benevolencia. Es como lo dice el Cantar de los Cantares: „Viento de aquilón, sopla en mi huerto, y despréndanse sus aromas.“ Es de la abundancia del corazón que habla la boca. Si nos hemos dejado transformar suficientemente en la amable escuela de nuestro querido Salvador, la prueba hará salir solamente de nuestro corazón sentimientos divinos de ternura, de misericordia y de perdón.

Por tanto, en cuanto a nosotros, se trata de cultivar con perseverancia los sentimientos del Reino de Dios. No debemos dejar subir en nuestro corazón un sentimiento amargo cualquiera ni una resistencia en contra de quien sea. Lo que importa es ganar a nuestro antagonista por medio de la dulzura, del apoyo y de la benevolencia.

Para esto es necesario algunas veces una paciencia muy grande. Este esfuerzo es para nosotros muy saludable, porque nos procura estabilidad en nuestro carácter.

Cuando esto dura tiempo, tendría a veces la facultad de cansarnos. Pero es precisamente entonces que conviene mantener el esfuerzo, porque esta lección contiene en sí maravillosos elementos de combate para ganar la victoria definitiva.

Debemos traer a nuestro alrededor una bendita influencia, que sea para los que nos rodean una invitación al bien, a la bondad y a la generosidad. Lo podemos lograr si renunciamos honradamente a nosotros mismos.

Los seres humanos están acostumbrados a toda clase de malas cosas que los hacen sufrir y morir. Mientras que es una verdadera liberación para todo nuestro ser dejar los malos hábitos por los buenos. De esta manera es un proceso de destrucción que queda suprimido, y que es reemplazado por un proceso de vitalización y de bendición.

Esto nos muestra claramente que los hábitos que cultivamos son bien para la vida o bien para la muerte, según de lo que están formados. Por tanto, tenemos delante de nosotros una línea de conducta bien trazada. Sabemos claramente cómo hacer para ser de los que son una manifestación de bendición, para la honra y gloria del Eterno y de su Hijo muy amado, nuestro querido Salvador.



### Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos procurado agradar al Eterno, ser sinceros, cultivado la gratitud traído siempre el estímulo y la alegría a nuestro alrededor?
2. ¿Hemos podido traer el ambiente de la familia divina, estar llenos de vida espiritual, de afecto, de bondad y de amor?
3. ¿Somos del todo honrados con el programa divino, y cuáles son nuestros progresos en la humildad y el renunciamiento?
4. ¿Hemos sido desinteresados, sin pretensión ni exigencia, una ayuda amable y discreta, un motivo de consuelo?
5. ¿Hemos traído impresiones divinas, sembrado siempre el bien como consagrado o como miembro de la santa Milicia?
6. ¿Hemos estado contentos en cualquier situación, dado en toda circunstancia gloria al Eterno por nuestros sentimientos?